
JOSÉ MANUEL AZCONA PASTOR
MIGUEL MADUEÑO ÁLVAREZ

Guerra y Orden Internacional. Siglos XX y XXI



EDITORIAL
SÍNTESIS

GUERRA Y ORDEN INTERNACIONAL.
SIGLOS XX Y XXI

Colección:
Estudios y Relaciones Internacionales

Coordinador:
PEDRO A. MARTÍNEZ LILLO



Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sigs. Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

GUERRA Y ORDEN INTERNACIONAL.
SIGLOS XX Y XXI

JOSÉ MANUEL AZCONA PASTOR
MIGUEL MADUEÑO ÁLVAREZ



Consulte nuestra página web: **www.sintesis.com**
En ella encontrará el catálogo completo y comentado

Reservados todos los derechos. Está prohibido, bajo las sanciones penales y el resarcimiento civil previstos en las leyes, reproducir, registrar o transmitir esta publicación, íntegra o parcialmente, por cualquier sistema de recuperación y por cualquier medio, sea mecánico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o por cualquier otro, sin la autorización previa por escrito de Editorial Síntesis, S. A.

© José Manuel Azcona Pastor
Miguel Madueño Álvarez

© EDITORIAL SÍNTESIS, S. A.
Vallehermoso, 34. 28015 Madrid
Teléfono: 91 593 20 98
www.sintesis.com

ISBN: 978-84-1357-126-3
Depósito Legal: M. 24.791-2021

Impreso en España - Printed in Spain

Índice

PRÓLOGO	9
INTRODUCCIÓN.....	15
1. AMBICIONES COLONIALES Y MUTACIÓN GEOGRÁFICA	19
1.1. La forja de los grandes imperios	19
1.2. Del Gran Juego a la tensión en el viejo continente	22
1.3. La búsqueda de la estabilidad internacional: la Conferencia de Berlín	27
1.4. África como escenario de conflictos europeos	34
1.5. La misteriosa y enigmática Asia	42
1.6. De los imperialismos europeos al auge militar de Estados Unidos y Japón	45
Actividades	48
2. LA GRAN GUERRA	51
2.1. Las alianzas en Europa y la Paz Fría	51
2.2. El auge armamentístico y la guerra de los Balcanes	55
2.3. La Primera Guerra Mundial y la desolación	58
Actividades	64

3. FALSA PAZ, ALTA TENSIÓN	67
3.1. La revolución bolchevique y su impacto mundial	67
3.2. La paz de París y el nuevo orden mundial	71
3.3. El mundo feliz de la década de los veinte	74
3.4. La gestación del fascismo	77
Actividades	80
4. DEL III REICH AL NACIMIENTO DEL MUNDO BIPOLAR	81
4.1. Los preparativos bélicos	81
4.2. Las crisis de los años treinta: del Crack del 29 a la Guerra Civil Española	84
4.3. La Segunda Guerra Mundial	89
4.4. Las consecuencias del conflicto y el nuevo mundo	98
Actividad	108
5. LA GUERRA FRÍA Y LA ESCALADA BÉLICA	111
5.1. Organizaciones de posguerra	111
5.2. La Guerra Fría y su esencia	119
5.3. Los conflictos bélicos periféricos	123
Actividades	138
6. EL PLANETA BIPOLAR	141
6.1. Enfrentamiento y lucha de titanes	141
6.2. La descolonización de Asia	145
6.3. La descolonización de África	154
6.4. El conflicto árabe-isrealí	163
Actividades	173
7. MÚLTIPLES ESCENARIOS DE CONFLICTO	177
7.1. Las tensiones tras la crisis de 1973	177
7.2. Jóvenes contra la guerra	179
7.3. La guerra de las galaxias	184
7.4. La carrera espacial	191
7.5. La lucha contra las guerrillas	194
Actividades	204

8. DEL MURO A LAS TORRES	207
8.1. La caída del muro de Berlín y sus secuelas	207
8.2. El desmembramiento del socialismo real	210
8.3. La guerra de Yugoslavia	214
8.4. El modelo supranacional de la Unión Europea y la paz	218
8.5. El atentado del World Trade Center	222
Actividades	226
9. EL TERRORISMO UNIVERSAL	229
9.1. La guerra contra la violencia global	229
9.2. Del terrorismo de base marxista al ISIS	237
9.3. De las primaveras árabes a la guerra de Siria	242
Actividades	247
10. LA FUERZA DEL DESTINO	249
10.1. De la guerra cibernética invisible al terrorismo suicida	249
10.2. Conflicto y mundo actual	254
10.3. El futuro de la guerra	256
10.4. Las instituciones supranacionales en el orden internacional	262
Actividades	268
BIBLIOGRAFÍA	271

2

La Gran Guerra

2.1. Las alianzas en Europa y la Paz Fría

Es imposible comprender la Primera Guerra Mundial o Gran Guerra (1914-1918) sin el sistema de alianzas previo que condicionó las relaciones internacionales en Europa y el posicionamiento de las potencias. La tensión diplomática y la carrera armamentística que se adueñó de las voluntades de los gobernantes llevaba pareja la necesidad de regular los equilibrios de poder y el miedo hizo que estas se sintieran en la necesidad de buscar apoyos. El primer gran pacto lo protagonizaron los imperios de Prusia, Austria y Rusia por iniciativa del canciller alemán Otto Von Bismarck en lo que se conoció como la Liga de los Tres Emperadores (1873), una coalición que rememoraba los acuerdos de la Santa Alianza (1815) que puso fin al imperio de Napoleón. Esta nueva edición no tuvo el éxito esperado por la rivalidad existente entre San Petersburgo y Viena a costa de la situación en los Balcanes, donde ambas potencias tenían intereses económicos y territoriales muy marcados y donde intentaban trasladar su influencia. De modo que se formó una alianza bilateral entre los imperios alemán y austro-húngaro denominado Doble Alianza, reafirmandose en 1882 en el tratado de la Triple Alianza con la entrada del reino de Italia.

Esta unión hizo saltar las alarmas en las demás cancillerías de Europa y obligó a los restantes países a coaligarse para no sufrir un aislamiento que los dejara a merced de sus enemigos. La unión lógica que surgió, por tanto, fue el tratado entre los rusos y los franceses en 1884, una respuesta a las aspiraciones del Reich que además amenazaba directamente su espacio y situaba a la Triple Alianza en el medio geográfico de sus rivales. La principal amenaza estaba en la frontera franco-alemana, que cargaba con la pérdida de las regiones de Alsacia y Lorena, y la derrota en la guerra de 1870, alimentado su recuerdo frecuentemente con el nacionalismo de uno y otro bando. Por su parte, el Reino Unido se unía al temor de un auge demasiado poderoso de Alemania y de su flota con la consiguiente pérdida de hegemonía en África y en los mares, resultando un acercamiento entre las diplomacias de París y Londres en 1904 que ha pasado a la historia como la

Entente Cordiale, pacto por otro lado inusual debido al dilatado historial de conflictos que habían sostenido ambas potencias en el pasado y que probablemente obedeció a una cuestión de necesidad. Para cerrar el círculo, Londres se acercó igualmente a San Peterburgo liquidando las rivalidades que habían tenido en torno al dominio de Asia Central durante el siglo anterior y en 1907 firmaron la Entente anglo-rusa (figura 2.1).



FIGURA 2.1. Mapa de la Triple Alianza y Triple Entente.

Pese a no existir una alianza nominal que uniera a las tres potencias, el resultado de aquellos tratados bilaterales fue conocido vulgarmente como la Triple Entente y, de facto, tuvo los mismos efectos que los acuerdos alcanzados en torno a la Triple Alianza.

La aventura africana fue ideada, entre otras razones, para aliviar la situación de máxima tensión que se vivía en el seno del viejo continente, pero solo sirvió para retrasar lo inevitable. Además, el hecho de extender los dominios de las metrópolis a tierras lejanas ocasionó que a la larga, fuera en África donde se gestaran las distintas crisis que precedieron a la Gran Guerra. La primera de ellas tuvo lugar a propósito de Marruecos.

El sistema de alianzas que se estaba fraguando en Europa desde principios de siglo, comenzaba a crear un malestar inquietante entre las potencias, especialmente entre el Reino Unido, nación dominante y Alemania, poder emergente, que buscaba crear un imperio colonial equiparable al de su antagonista. Por otro lado, el interés de Francia en Marruecos era claro y desde París estaban tratando de forzar al sultán para conseguir que el territorio cayera bajo su control de forma absoluta, aunque de facto, ya lo fiscalizaban. La idea de una Francia que dispusiera de un punto tan estratégico, entrada y salida del Mediterráneo y puerta de África hacia Europa, no gustaba en Berlín y, por tanto, el nuevo canciller, Bernhard von Bulow, se ofreció al sultán de Marruecos a prestarle respaldo para resistir las injerencias francesas, lógicamente acudiendo a la fórmula colonial del protectorado.

La visita del káiser Guillermo II a la ciudad de Tánger, en marzo de 1905, provocó una crisis diplomática entre ambas naciones a la que se unió de forma interesada el Reino Unido, pues Londres no estaba dispuesto a que la presencia alemana en la zona afectara a su control del estrecho defendido por su colonia de Gibraltar, en costas españolas. Las alianzas europeas comenzaban a mover sus resortes al tiempo que el káiser alentaba al sultán aires de autonomía, sabedor de que salir de la esfera de influencia francesa significaba caer bajo el yugo germano. La unión anglo-francesa en la Entente Cordiale dejaba poco espacio de maniobra a Alemania y el káiser decidió entonces replegarse en sus intenciones primarias y renunciar públicamente a sus aspiraciones territoriales sobre Marruecos. No obstante, la retirada no era completa y exigió una reunión internacional para poner solución al control de la zona y garantizar los derechos, aunque fuera de forma teórica, de libre decisión del sultán. Los intentos diplomáticos de París y Londres de un pacto bilateral no dieron resultado y el ejecutivo germano se enrocó en la celebración de una conferencia que resolviera la crisis. El apoyo estadounidense del presidente Theodore Roosevelt a la cumbre no fue posible por mucho que los embajadores alemanes lo intentaron, pero el sultán aceptó que se fijara una fecha para la propuesta del Reich alemán.

La tensión militar crecía mientras Reino Unido y Francia fraguaban planes para llevarse por la fuerza lo que la diplomacia no estaba logrando, movilizando a la flota inglesa, lo que hubiera ocasionado una grave crisis o tal vez adelantado los fatídicos acontecimientos de 1914. Por fin, en 1906, el ministro de Asuntos Exteriores galo, Maurice Rouvier, que había sustituido al más beligerante Théophile Delcasse, aceptó una reunión internacional con Alemania, representantes del sultanato de Marruecos y diversas delegaciones para poner solución al conflicto, teniendo en cuenta que la posición de fuerza de Francia en Marruecos le garantizaba no tener que cumplir ninguna cesión al Reich. Sin embargo, en paralelo a la labor de los embajadores, todos los interesados seguían rearmándose y valorando la guerra preventiva.

En enero de 1906 se fijó Algeciras como lugar en el que celebrar la conferencia, reuniéndose las mismas potencias que en Berlín con la salvedad de La Sublime Puerta, Dinamarca y Noruega. Los plenipotenciarios alemanes arguyeron su interés en un protectorado en Marruecos basándose en los intereses comerciales de importantes empresarios

y en la elevada deuda del sultán con Berlín, pero sus pretensiones únicamente fueron apoyadas por el Imperio austro-húngaro. Ante la debilidad de sus tesis y la posición de fuerza de Francia, respaldada por toda la conferencia, decidieron echarse a un lado obteniendo únicamente el beneplácito francés de realizar algunas reformas sobre su gobierno en el sultanato y la concesión de una parte del mismo, en el norte, al gobierno español.

Francia puso entonces punto y seguido a la situación y de manera circunstancial, consiguió silenciar las apetencias territoriales de Alemania hasta el año 1911, cuando estalló la segunda crisis marroquí. El envío de la cañonera *Panther* al puerto de Agadir, para supuestamente, defender los derechos de los comerciantes alemanes en la ciudad, reavivó el fuego. Londres y París se negaron a permitir la presencia del barco por temor a que pudiera traducirse en una entrada de alemanes en suelo marroquí, de modo que protestaron enérgicamente. El káiser, temeroso de comenzar un conflicto con ambas potencias unidas en una alianza, decidió replegarse y sacar al *Panther* de aguas marroquíes, pero obteniendo un importante rédito político en los tratados de Fez. Alemania reconocía la soberanía de Francia y España sobre el protectorado, pero al tiempo las potencias sabían que Alemania no iba a renunciar fácilmente, de modo que se ofreció a Berlín una franja de tierra al norte del Congo francés que pasaría a ser conocida como Neukamerun y añadía casi trescientos mil kilómetros cuadrados a la colonia alemana (Alcantud, 2007).

La segunda crisis importante también tuvo su origen en África y enfrentó al decadente y débil Imperio otomano contra el reino de Italia, en lo que se conoció como Guerra Ítalo-Turca (1911-1912). Tras el desastre de Adua (1896), los italianos anhelaban formar un imperio colonial en Africa, pero las opciones se iban agotando mientras el resto de potencias se asentaban en el continente, de modo que la única ventana que quedaba abierta, después de que se cerrase la de la Abisinia, eran las provincias de Cirenaica y Tripolitana, pertenecientes al Imperio otomano. Sin el apoyo ni el consentimiento del resto de naciones, pero con la tranquilidad de que ninguna se involucraría en beneficio de los turcos, Italia se lanzó a la aventura colonial una vez más. El conflicto ítalo-turco fue la antesala de las guerras modernas y en ella comenzaron a utilizarse armas hasta entonces desconocidas como los aeroplanos, aunque solo fuese en labores de reconocimiento.

La victoria italiana fue clara pero lenta y obtuvo el silencio del resto de potencias. En 1912, los otomanos otorgaban la autonomía a las provincias de Tripolitana y Cirenaica, que fueron anexionadas inmediatamente por Roma, aunque esta debió abandonar las islas del Dodecaneso, tomadas durante la contienda. La llegada de la Primera Guerra Mundial provocó la revuelta de la tribu de los sanusies e Italia se vio obligada a replegarse hasta el punto de abandonar Trípoli y refugiarse momentáneamente en el protectorado francés de Túnez, y la hazaña colonial no se completaría hasta la unificación de las dos provincias y el Fezzan para formar la Libia italiana. La verdadera trascendencia del conflicto ítalo-turco provocó que los pequeños estados balcánicos, bajo el yugo otomano, al contemplar la debilidad de estos, se animaran a oponerse a la Sublime Puerta.

2.2. El auge armamentístico y la guerra de los Balcanes

El incremento de la tensión internacional y la competitividad industrial, sumado al nuevo factor de disputa colonial supuso una carrera de armamentos hasta entonces nunca vista. El empeño industrial en desarrollar elementos destinados a la guerra provocó, asimismo, problemas variados en las economías europeas que dejaron en el aire otros aspectos del presupuesto. El aeroplano, que había debutado en misiones de reconocimiento durante la Guerra Ítalo-Turca demostró su validez al igual que el dirigible o el globo aerostático. El Reino Unido pasó de gastar cuarenta y cuatro millones de libras en armamento militar en 1899 a setenta y siete en vísperas de la Gran Guerra, y un mayor incremento protagonizó Alemania, deseosa de igualar la cantidad y calidad de la flota británica, con un desembolso, destinado en su mayor parte a la Kriegmarine de los noventa millones de marcos a más de cuatrocientos en ciernes del conflicto (Fromkin, 2004).

La carrera armamentística no solo sirvió para tratar de equilibrar la balanza sino que provocó que la tensión fuese en aumento. A mayor nivel de producción destinada al ámbito bélico, mayor recelo entre las diplomacias de las distintas naciones (figura 2.2). Las voces pacifistas, aunque las hubo, estuvieron sometidas al silenciamiento en pos de un aumento de los nacionalismos y de una intensificación del mensaje belicista. Un ejemplo lo constituyó la conferencia de Zimmerwald (1915), en Suiza, en la que treinta y ocho delegados del mundo socialista de once países se reunieron para debatir posibles salidas ajenas al enfrentamiento directo aunque ya era tarde, pues la vorágine del conflicto era alimentada cada día por la propaganda de guerra y aún no había comenzado el agotamiento de las partes. Además, los partidos socialistas apoyaron en ocasiones el conflicto como un medio para demostrar las contradicciones del capitalismo y no abandonaron el camino de la lucha armada, lo que llevó, en Alemania, a Rosa Luxemburgo, a abandonar el Partido Socialista Alemán y fundar la liga espartaquista por manifestarse en contra de la sinrazón de la guerra.

En 1912 estalló la primera crisis de los Balcanes (Basciani, 2014), preludio de la Gran Guerra. El interés en la península era común para varias potencias: la Rusia zarista, el Imperio austro-húngaro y La Sublime Puerta, mientras que para los demás constituía un escenario que miraban con preocupación pues podía originar el chispazo de un conflicto global. Los intereses de Rusia y Austria-Hungría eran claros y pasaban por conseguir influencia en la zona toda vez que los pequeños estados balcánicos se sacudieran el yugo del Imperio otomano. El papel de este, simplemente, se concentraba en no perder sus provincias europeas, conquistadas en el siglo xv. Al interés de los estados balcánicos, a la sazón, Serbia, Bulgaria y Montenegro (Azcona, 2020), se unieron los de Rumanía y Grecia. Y en medio de todos ellos la provincia otomana de Macedonia, de la que todos deseaban sacar partido.

En estas condiciones, las relaciones internacionales se movían en múltiples direcciones influenciadas, primero, por la política de bloques que imperaba en el continen-

te y, seguidamente, por las particularidades de cada Estado. El nacionalismo reinante en el solar europeo se vivió con especial virulencia en los territorios balcánicos que pretendían ejercer sus derechos por mediación de la creación de Estados-nación, que, conscientes de su identidad nacional, hicieron del paneslavismo su bandera para cargar de razones el sueño de los grandes estados: Gran Serbia, Gran Grecia o Gran Bulgaria.



FIGURA 2.2. Mapa de la situación de los Balcanes en 1912.

En 1878 los otomanos habían perdido el control efectivo de Tesalia, Bosnia y Herzegovina, Novi Pazar, parte de Montenegro, Rumelia y Dobruya, y desde San Petersburgo habían intentado ganar influencia en la zona. La crisis de Bosnia (1908) significó la anexión del pequeño territorio al Imperio austro-húngaro bajo la fórmula de protectorado y elevó el tono diplomático en la zona. Las apetencias territoriales sobre Macedonia rondaban al principado de Bulgaria y al reino de Serbia, que en 1912 firmaron unos acuerdos de carácter secreto para repartirse el territorio, todavía otomano, y formalizar una alianza militar contra posibles agresiones, especialmente de tipo defensivo. Bulgaria pactó después con Grecia, que deseaba a toda costa recuperar parte de las islas del Egeo e imponerse frente a los turcos y más tarde con Montenegro, cerrando una red de alianzas que tenían un enemigo común en el imperio de la media luna.

Montenegro fue la primera de las naciones en declarar la guerra a los otomanos y unos días después se empezaron a mover los engranajes de las alianzas militares con el estallido de un conflicto corto en el que los aliados, bajo la denominación de la Liga de los Balcanes, consiguió una serie de victorias decisivas basadas en la superioridad numérica y el apoyo de la flota griega bloqueando las líneas de suministro turcas. El tratado de Londres (1913) puso fin al trance y repartió el espacio cedido por el Imperio otomano entre los miembros de la Liga, con la pertinente mediación de las potencias europeas, pero los cambios no resarcieron las expectativas de los contendientes. Los más relevantes fueron el reconocimiento de Albania como nación independiente en 1912, tutelada por el reino de Italia y el Imperio austro-húngaro, como un estado independiente para mantener el equilibrio y evitar que Serbia tuviera una salida al mar.



FIGURA 2.3. Mapa de la disposición territorial tras las dos guerras de los Balcanes (1913).

La paz, empero, no fue duradera. Los intereses territoriales de los antiguos aliados continuaban vivos y Bulgaria parecía ser el que más provecho había sacado al conflicto con una anexión importante de tierras macedonias. Esto la condujo a su propio aislamiento, más si cabe cuando Grecia y Serbia firmaron un acuerdo para repartirse territorios que

correspondían a Sofía. Por ello, Montenegro y Rumanía no tardaron en suscribir el acuerdo contando con el apoyo de Rusia respaldando a Serbia y Austria-Hungría en defensa de los intereses griegos y rumanos, todo ello aderezado con la cercanía de los diplomáticos otomanos que pretendían sacar partido de una hipotética guerra contra Bulgaria. Aislada y sintiéndose amenazada, se lanzó a la ofensiva contra Grecia y Serbia en junio, iniciando la segunda contienda de los Balcanes (1913). Si la paz había sido breve, la guerra no duró mucho más y Bulgaria hubo de replegarse teniendo graves pérdidas territoriales a favor de sus enemigos. Grecia consiguió extender su frontera al norte de Salónica, Serbia se consolidó en el noroeste de Macedonia y Rumanía ganó Dobruya. Incluso la Sublime Puerta volvió a apoderarse de espacio vital con la reconquista de Tracia Oriental y Edirne. Estos acontecimientos determinaron el alineamiento de Bulgaria en el conflicto que estaba por venir.

2.3. La Primera Guerra Mundial y la desolación

El futuro de Europa pendía de un hilo del que colgaba el archiduque Francisco Fernando, heredero al trono austro-húngaro. Nunca un magnicidio constituyó tanto derramamiento de sangre, pero lo cierto es que el día 28 de junio de 1914, en la ciudad de Sarajevo fue asesinado con un pistola semiautomática empuñada por el nacionalista serbio y miembro de la organización Mano Negra, Gavrilo Princip. A pesar de que la opinión pública del Imperio no reaccionó ante el atentado (Clark, 2014), sí lo hicieron las autoridades, elevando un tono de represión contra la población serbia que terminó por encerrar en prisión a más de cinco mil personas y comenzar una persecución política.

En el siguiente mes se produjo la denominada Crisis de Julio, en la que las distintas embajadas y agentes diplomáticos de Europa trataron de jugar sus cartas intentando encontrar una salida pacífica al magnicidio, pero Austria-Hungría estaba decidida a invadir Serbia. Convencidos de la implicación del propio gobierno serbio en el asesinato, envió un ultimátum a Belgrado con diez puntos que por su imposibilidad a la hora de ser aceptados por una nación soberana demostraban la predisposición de Viena a la guerra. Este consistía básicamente en una injerencia abierta del Imperio austro-húngaro en los asuntos serbios. Se exigía la finalización de la propaganda antiimperialista y la intromisión de la policía vienesa en las investigaciones sobre el magnicidio en suelo serbio, algo que las autoridades de Belgrado no iban a consentir.

Aun así, el terror que suscitaba el enfrentamiento contra el ejército imperial obligó a Serbia a contestar a punto de terminar el plazo, aceptando las condiciones excepto el punto sexto, referente a la investigación de policías austriacos en su territorio. El pulso estaba servido, y aunque el gobierno de Serbia tenía el respaldo de Rusia, el emperador Francisco José firmó la declaración de guerra el 28 de julio, un mes después del magnicidio.

A partir de ese momento se puso en funcionamiento la red de alianzas que se habían ido tejiendo a lo largo del joven siglo y la telaraña quedó tendida sobre toda Europa.

Rusia fue la primera en contestar a la declaración de guerra llevando a cabo medidas económicas contra Austria-Hungría y Alemania, despertando las protestas desde el Reich. Antes del final de mes los ejércitos del Zar y del emperador Francisco José ya se habían movilizad; al tiempo, Alemania elevaba sendas advertencias a Francia para que mantuviese su neutralidad y a Rusia para que detuviese el rearme. La negativa de San Petersburgo y el cumplimiento del plazo del ultimátum empujaron a Berlín a declarar la guerra a Rusia, provocando así la movilización de Francia, aliada del Zar, que en virtud del tratado vigente debía responder. Alemania iniciaba la invasión de Luxemburgo el 2 de agosto y un día después declaraba la guerra a Francia e invadía Bélgica. Este último movimiento causó la entrada de Reino Unido en la contienda contra Alemania en amparo de su aliado y el día 6 de agosto se cerraba el círculo con la misiva de Austria-Hungría al Imperio ruso.



FIGURA 2.4. Mapa de Europa en 1914.

Las potencias pensaban que la guerra sería corta, pero la carrera armamentística que habían protagonizado y el uso de armas más mortíferas sentaban las bases para que fuera prolongada y sangrienta. El nacionalismo exacerbado y la conclusión de la supuesta superioridad de unos sobre otros llenaron de júbilo a los gobiernos y estos lo transmitieron a los oficiales y a la soldadesca, pero aquel primer entusiasmo tuvo poco recorrido. Los frentes de batalla se extendieron por Europa siendo fundamentales el occidental y el oriental, pero se combatió en otros lugares remotos como África, Oriente Próximo y en los océanos Atlántico y Pacífico. La primera embestida del Imperio austro-húngaro fue, evidentemente, Serbia. La respuesta de Viena no se hizo esperar y la invasión comenzó el 12 de agosto, pero el empuje inicial no se tradujo en una guerra rápida sino en un estancamiento que terminó por dar la victoria parcial a Serbia en diciembre en la batalla de Kolubara, lo que obligaba a Francisco José a mantener parte de sus tropas en Serbia y desviarlas del frente ruso, mucho más preocupante.

Alemania, con mayor habilidad, decidió llevar a cabo un ataque rápido para someter a Francia y después dedicarse al frente oriental, por lo que empezó invadiendo Luxemburgo en los albores del conflicto y lo mismo hizo con Bélgica. Francia no contemplaba aquella idea y desde las altas instancias galas sopesaron siempre el ataque frontal a través de Alsacia y Lorena, movidos por un sentimiento nacionalista de revancha. El plan alemán era avanzar rápido sobre París y, tomada la retaguardia francesa, empujar a los galos hacia la frontera suiza. Pese a la celeridad del ataque alemán y a los éxitos cosechados, su avance fue detenido en la batalla del Marne el 12 de septiembre de 1914. El repliegue alemán de cincuenta kilómetros buscó situarse en una línea defensiva desde Alsacia a Bélgica y que más tarde se convirtió en el infierno de trincheras con una línea de batalla estancada y mortal, donde las nuevas tecnologías materializadas en ametralladoras y artillería no permitieron que ninguno de los dos bandos rompiera el frente.

En paralelo, los rusos avanzaron sobre Prusia con la idea de asombrar a Alemania, pero recibieron una desagradable derrota en Tannenberg. Tanto San Petersburgo como Berlín se vieron obligados entonces a destinar parte de sus tropas en el frente serbio y en Francia, respectivamente, incidiendo aún más en el estancamiento de la guerra. En octubre, varios barcos alemanes bombardearon posiciones en Odesa y Sebastopol. Entre ellos figuraban el *SMS Goeben* y el *Breslau*, bajo insignia otomana y aquella acción fue tomada en cuenta por el imperio zarista para declarar la guerra a la Sublime Puerta. La acción, prácticamente una jugarreta de falsa bandera urdida por los alemanes, consiguió que los turcos se posicionaran en medio de un mar de dudas, del lado de la Triple Alianza y pasara a forma parte junto a Alemania y Austria-Hungría de los imperios centrales (Erickson, 2001).

La guerra se trasladó a otros escenarios situados en puntos remotos de los océanos Atlántico y Pacífico en colonias y reductos de las metrópolis europeas. La flota británica se extendía por el mundo y ejercía una hegemonía sin sombra alguna, pero Alemania había concentrado parte de sus esfuerzos en la carrera armamentística en posicionar a

su marina entre las mejores del mundo y se movía con diligencia a través del globo. Al estallar la guerra, los barcos alemanes se dedicaron a atacar a los mercantes de la Entente de manera sistemática y a ejercer presión en distintos enclaves coloniales. A partir de ese momento comenzó un conflicto naval con características totalmente novedosas. Mientras tanto, Londres practicó un bloqueo sobre Alemania que apenas permitió la llegada de ningún mercante a sus costas y los submarinos del Reich surcaban las profundidades sembrando el terror en el Atlántico Norte. En 1915 hundieron el *Lusitania*, un transatlántico con bandera norteamericana que destruyeron sin previo aviso, ocasionando una grave crisis diplomática con Washington, tentado la entrada en la guerra del gigante americano y provocando que los mercantes ingleses se artillaran para su defensa.

La batalla de Jutlandia, en las costas danesas, fue el único enfrentamiento directo de las flotas de la Alianza y la Entente, el resto se redujo a una guerra de desgaste entre los famosos U-Boote –submarinos– y la flota inglesa, en la que estuvieron involucrados cientos de barcos comerciales y de pasajeros, con un balance de unos cinco mil de estos hundidos frente a la pérdida de alrededor de doscientos submarinos (Chickering, 2005). Ese desgaste afectó directamente a Estados Unidos, que experimentó su mayor quebranto en el crucero de pasajeros *Lusitania*, algo que la opinión pública y ciertos sectores del congreso norteamericano no estaban dispuestos a soportar. La implicación de Washington en la guerra se completó a raíz del telegrama Zimmermann, un documento enviado por la diplomacia alemana a México que fue interceptado por los norteamericanos y que incitaba, debidamente, a los mexicanos, a declarar la guerra a su vecino y aliarse con las potencias de la Triple Alianza. La moneda de cambio ofrecida por Berlín fue la recuperación de los territorios perdidos en el tratado de Guadalupe-Hidalgo de 1848, correspondientes a Nuevo México, Colorado, Texas, Nevada, Utah y California, así como el sur de los actuales estados de Oklahoma, Wyoming, Kansas y Arizona. Las autoridades mexicanas, en medio de su propia revolución y no convencidos en iniciar hostilidades contra Washington, hicieron pública su negativa a la hipotética alianza, pero ese pequeño trozo de papel constituyó el *casus belli* de la entrada de Estados Unidos en la Gran Guerra. El desafío alemán marcó el final del conflicto, anclado en las trincheras de Europa y con pocos movimientos en el resto de los frentes. La intervención de Washington significaba una rotura del equilibrio dada su capacidad armamentística y material.

La guerra, sin embargo, seguía adelante y cada día costaba vidas y dinero. El frente occidental, el más intrincado, se extendía desde la frontera suiza hasta el mar del Norte, en una suerte de entramados de trincheras, túneles, fortines y ciudadelas. Los ingenios en artillería y las ametralladoras hacían casi imposible cualquier avance y los novísimos carros de combate, aunque demostraron su eficacia, no fueron decisivos en un terreno castigado por meses de contienda, barro, cráteres de bomba y trampas. Los soldados se enfrentaban a un ambiente hostil cada día, asediados por la intemperie, la humedad y las condiciones higiénicas deplorables. Pronto surgieron enfermedades derivadas de la exposición a los elementos, agravadas por la pésima alimentación y la falta de recursos.

Las enfermedades tratables se compaginaron con la aparición de la neurosis de guerra o el *shock* de trinchera, invisible pero igualmente mortal, que llevó a los hombres a la locura más absoluta al estar sometidos a fuertes presiones, a la continua amenaza de la muerte y a la privación del sueño, sin encontrar esperanza a su fatídico destino. Muchos de aquellos soldados, cuando la enfermedad era desconocida, fueron ajusticiados por sus propios mandos acusados de cobardía. Y junto a esto, los peligrosos gases de la guerra química que en las trincheras de la Gran Guerra encontraron su mayor campo de experimentación. Lacrimógenos, mostaza o fosgeno, todos ellos fueron sumamente dañinos y ocasionaron una mortandad terrible hasta la llegada de la máscara antigás.

Por todo ello no es de extrañar que tanto en el frente como en la retaguardia, surgieran movimientos contestatarios. Las desertiones y las protestas generalizadas ante las órdenes de ataques frontales fueron retratadas con enorme maestría por Stanley Kubrick en la película *Senderos de Gloria* (1957), mientras que en gran parte de los partidos socialistas del mundo se iba gestando la protesta por la contienda. Incluso la Revolución de Febrero de 1917 en Rusia tuvo un fuerte condicionante de oposición a la guerra mundial.

Mientras se sucedían las batallas de El Somme y Verdun (1916) o Ypres y Cambrai (1917) el mundo entero miraba con estupor el conflicto y las economías de las naciones contendientes se resentían. El cambio de un modelo de producción liberal e individualista a uno regido por los intereses de la colectividad y controlados mayormente por el Estado, provocó una grave caterva de desórdenes en las finanzas nacionales hasta el punto de que en más de una ocasión estuvieron en riesgo de bancarrota. La economía se centró en la guerra y la fabricación estaba orientada al armamento y los útiles para satisfacerla, de modo que la hacienda cambió, no solo en valores macro, sino en las pequeñas familias. Muchos cabezas de familia e incluso hijos varones fueron llamados a filas y dejaron espacio en las fábricas para la entrada de la mujer al mundo laboral y el alcance del voto femenino. En los países declarados neutrales, la situación fue distinta y su producción se orientó a la demanda de los contendientes, pero sin la presión del conflicto, de modo que vieron fortalecer en cierta medida su economía.

En la fase final de la guerra, aprovechando el palpable agotamiento de las partes, el presidente norteamericano Woodrow Wilson presentó una lista de catorce puntos que resumían la propuesta de paz de Estados Unidos para conseguir la recuperación y armonía en Europa. El mandatario de la Casa Blanca expuso ante el Congreso medidas como el uso de una diplomacia transparente, la libertad de navegación por aguas internacionales, la desaparición de las barreras económicas, la reducción de los armamentos nacionales, la disminución de la presencia colonial, el desarrollo libre de la política en Rusia, la recuperación de la soberanía belga, la vuelta a Francia de sus territorios, el derecho de autodeterminación de los pueblos inmersos en la esfera austro-húngara, la concordia en los Balcanes y la salida de Serbia al mar, el libre acceso a la independencia de los territorios bajo el yugo otomano, la declaración de Polonia como estado independiente y la creación de una sociedad de naciones que velara por la paz y la concordia (Mommssen, 1980).



FIGURA 2.5. Mapa de Europa en 1919.

Los catorce puntos de Wilson fueron una batería de medidas diplomáticas para alcanzar acuerdos una vez terminada la guerra, pero también fue la primera piedra de la Organización de Naciones Unidas, por lo que aunque la propuesta no tuvo el éxito esperado, es atribuible al presidente norteamericano una de las piezas claves para el nuevo orden mundial que nació después de 1945.

La fase final de la guerra tuvo varias causas. En primer lugar, el estancamiento en los frentes conllevó al cansancio prolongado de las naciones, desde un punto de vista económico y también humano, pues las sociedades empezaron a sentir realmente lo que suponía mantener un conflicto de largo recorrido. La Revolución rusa de 1917 y la retirada de San Petersburgo del conflicto marcaron el primer punto y seguido y poco después la revolución en Alemania que hizo caer al káiser en favor de un sistema republicano, complicaron la situación de Berlín. El 4 de noviembre el Imperio austro-hún-